

El Fragmento del Saliente

Thriller de misterio

- EXTRACTO -

Diego Marquéz

2026

Copyright © Diego Marquéz

Corner Shop, Camino de Aljambra, 04800 Albox, Almería,
España

Todos los derechos reservados. Queda prohibida
la reproducción o el uso de cualquier parte de
este libro sin la autorización expresa y por
escrito del autor.

Publicado en España

Tabla de contenido

Prólogo	3
Guadix, en el año 1716.....	4
El hallazgo en el santuario.....	6
El tropezadero digital	10
El escondite en el tejado.....	18

Prólogo

„Y apareció una gran señal en el cielo: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. Y estando encinta [...]. También apareció otra señal del cielo: un gran dragón escarlata [...]. Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese. Y ella dio a luz un hijo varón, que regirá con vara de hierro a todas las naciones; y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono.“ (Ap 12,1–5)

Guadix, en el año 1716

El crepitar de la chimenea era el único sonido en la pequeña y sombría estancia de la posada. El aire estaba cargado con el olor a sebo barato y el aroma áspero del vino. Dos hombres de Albox estaban sentados a la mesa de madera, con los rostros marcados por el largo y polvoriento viaje desde las montañas. Ante ellos se encontraba aquello por lo que habían asumido el arduo viaje: una imagen de la Virgen. Era pequeña, pero de una belleza impecable, casi sobrenatural. El sol parecía reflejarse en la madera, y a sus pies descansaba la creciente de la luna.

El sacerdote que les había entregado la estatua hacía unos instantes permanecía aún en la sombra de la puerta. Su rostro apenas se distinguía bajo la capucha, que llevaba calada hasta los ojos.

—Es perfecta —susurró uno de los emisarios, casi sin atreverse a tocar la figura—. ¿Quién la ha creado? Se dice que la mano de una mujer en la clandestinidad...

—No preguntéis por el creador —le interrumpió la voz profunda y tranquila del sacerdote—. Guardadla bien. Porque no solo protege la fe. En ella descansa lo que la oscuridad quiere devorar, así como el dragón escarlata quería devorar al niño. Llevadla a las montañas. A Albox. Allí

estará segura.

Cuando los hombres abrieron los ojos a la mañana siguiente, la habitación estaba inundada por la brillante luz del día. La estatua permanecía intacta sobre la mesa. Pero el sacerdote se había ido. Cuando preguntaron al posadero por él, este solo sacudió la cabeza con incredulidad. No había ningún sacerdote en esa posada. Nadie había entrado jamás en la cámara.

Los dos hombres se miraron. No sospechaban que el mayor secreto de la estatua no residía en su aura divina, sino en lo que el desconocido había ocultado en el interior de la madera durante la noche.

El hallazgo en el santuario

Santuario del Saliente, presente (2026)

La deslumbrante luz de la lámpara de trabajo LED se introducía implacable en cada grieta de la vieja madera. El silencio en el pequeño taller, que se había habilitado en el ala trasera del monasterio para los restauradores diocesanos, solo se veía interrumpido por el lejano aullido del viento que azotaba la cumbre del Saliente.

Matteo se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano. Como especialista en arte sacro del siglo XVIII, ya había visto muchas obras maestras de cerca, pero la Pequeñica tenía una fuerza de atracción propia, casi magnética. Oficialmente estaba aquí para examinar la madera en busca de daños causados por el aire seco del verano y para estabilizar las capas de pintura.

Extraoficialmente, buscaba otra cosa. Los rastros de la legendaria escultora Luisa Roldán.

Se colocó la lupa e introdujo con cuidado el endoscopio de alta resolución en una hendidura diminuta, casi invisible, en la parte inferior del pedestal, justo debajo de la media luna sobre la que se erigía la Virgen.

En el monitor conectado parpadearon las imágenes del interior de la figura. Las motas de

polvo bailaban como estrellas en el cono de luz de la minicámara. Matteo estaba a punto de retirar el aparato cuando la imagen se bloqueó. El endoscopio chocó contra una resistencia que no debería estar allí. El interior de una estatua de este tipo debía ser macizo o bien uniformemente hueco. Pero esto era un borde liso, antinatural.

Conteniendo el aliento, cambió de herramienta. Con unas pinzas quirúrgicas y la precisión de un relojero, se abrió paso a través de la hendidura. Pasaron unos minutos angustiosamente largos hasta que logró sujetar la resistencia.

Al retirar las pinzas, sostenía en las manos un objeto estrecho y fuertemente enrollado. No era madera. Era pergamino, oscurecido por el paso del tiempo, sellado con un sello de cera negra y quebradiza que mostraba un símbolo que Matteo jamás había visto en una estatua cristiana: una criatura distorsionada, semejante a una serpiente, el dragón escarlata del Apocalipsis.

Con dedos temblorosos, rompió el sello y extendió el fragmento con cuidado sobre la mesa de trabajo. El documento había sido redactado en el año 1716. La tinta estaba descolorida, pero las palabras en latín y los símbolos dibujados apresuradamente en el margen se distinguían con nitidez absoluta. No era liturgia eclesiástica.

Era una advertencia. Una advertencia sobre lo que dormía en los cimientos del monasterio, y una lista de nombres que llegaban hasta las esferas más altas de la época.

Matteo se quedó mirando las líneas. Su corazón golpeaba contra las costillas. Aún no comprendía el alcance de las palabras, pero una cosa le quedó clara de inmediato: este documento jamás debería haber existido. Si la Iglesia o las autoridades de patrimonio se enteraban, todo el proyecto se detendría de inmediato.

Fuera, el viento azotó con una racha los viejos cristales de las ventanas del taller. El repentino traqueteo hizo que Matteo se sobresaltara. Miró frenéticamente hacia la pesada puerta de madera. No había nadie. El monasterio yacía en el profundo silencio nocturno de la montaña. Estaba completamente solo. Nadie sabía aún que había roto el sello de trescientos años de antigüedad. Nadie ahí fuera sospechaba todavía qué polvorín acababa de abrir en lo más profundo de la Pequeñica.

Con cuidado, deslizó el pergamino en el bolsillo interior de su chaqueta, apagó las luces LED y abandonó el taller. Tenía que salir de aquí. Necesitaba un lugar seguro para traducir esas líneas con total tranquilidad.

El tropezadero digital

El viaje de descenso por la empinada y sinuosa montaña del Saliente hacia Albox fue una absoluta nebulosa de luces de faros y pensamientos a mil por hora. Matteo sentía la vibración monótona del volante en sus dedos crispados mientras conducía el coche demasiado rápido a través de la oscuridad. En el bolsillo interior de su chaqueta, justo sobre el corazón, sentía el rollo rígido y frío del pergamino.

Cuando finalmente llegó a su pequeño piso de alquiler en el pueblo, cerró la puerta tres veces por dentro. La sensación sorda de haber hecho algo prohibido dio paso a una curiosidad ardiente, casi febril.

Despejó la mesa del comedor, encendió la pequeña lámpara de escritorio y desenrolló el fragmento con cuidado. Para no dañar el viejo pergamino, sujetó las esquinas con dos pesadas tazas de café. Bajo la pálida luz de la lámpara, las letras latinas parecían casi grabadas a fuego. Pero lo más llamativo era el símbolo en el margen izquierdo: el dragón escarlata de siete cabezas, similar a una serpiente, cuya cola se enroscaba alrededor de una cruz invertida estilizada.

—Esto no es latín estándar de la Iglesia —

murmuró Matteo, frotándose los ojos cansados. Abrió su ordenador portátil.

Para descifrar el texto, necesitaba el significado exacto de dos términos alquímicos poco comunes que aparecían una y otra vez en el escrito, seguidos de una combinación de números que parecía una coordenada. Tecleó la frase exacta en latín in una base de datos académica restringida de estudios medievales. Ningún resultado.

Cambió a una búsqueda avanzada de imágenes, activó el escáner de su ordenador portátil y subió una fotografía de alta resolución del símbolo del dragón. Buscó coincidencias en manuscritos digitalizados del Vaticano y archivos secretos del siglo XVIII.

„Búsqueda en curso...” parpadeó en su pantalla.

Matteo no sospechaba que esa consulta de búsqueda no se disipaba simplemente en el éter de internet.

A centenares de kilómetros de distancia, en una sala de servidores austera y climatizada en lo más profundo del sótano de una propiedad privada en Madrid, una pantalla se encendió. Una alarma roja y silenciosa comenzó a parpadear.

Desde hacía décadas, allí se ejecutaban

algoritmos que filtraban la red mundial en busca de términos de búsqueda muy específicos e aislados, términos que no aparecían en ningún libro de texto. Símbolos que oficialmente ni siquiera existían porque, sin excepción, habían sido quemados hacía trescientos años. El sistema vigilaba cada base de datos académica, cada subida de imagen que presentara la geometría exacta del sello del dragón.

El hombre sentado frente a los monitores no vestía sotana, sino el traje a medida de un jefe de seguridad. Se quedó mirando la coincidencia. Cien por cien. El símbolo del año 1716 acababa de ser buscado en la red.

Tomó el teléfono de inmediato. Su voz era baja, fría y profesional.

—Tenemos una coincidencia. Alguien está buscando el fragmento del alquimista.

Al otro lado de la línea se produjo una breve pausa. —¿De dónde proceden los datos? ¿Está comprometido el archivo de Granada?

—No —respondió el jefe de seguridad, tecleando en su ordenador—. La dirección IP es reciente. La consulta llegó hace exactamente cuatro minutos desde una línea DSL privada. La ubicación está localizada: Albox. Provincia de Almería.

Se escuchó una respiración pesada. —Eso es imposible. Los caracteres jamás fueron catalogados ni custodiados. Existen en un solo lugar del mundo... en el cimiento de la Pequeñica. Alguien ha abierto la estatua.

—¿Cuáles son sus instrucciones?

—La avalancha no debe ponerse en marcha. Envíe a Ramos y a Cortés. Ya están en la región. Que vayan al fondo del asunto. Quiero el pergamino. Y no quiero testigos que sepan lo que hay escrito en él.

En Albox, la pantalla del ordenador portátil de Matteo cambió. Apareció un único y escueto resultado en un fragmento de texto apócrifo digitalizado del año 1720.

Matteo leyó la traducción de la línea en voz alta: —„Y el sello retiene la sangre del dragón en el profundo vientre de la tierra, donde la luz del sol jamás brilla.“

Un escalofrío frío le recorrió la espalda. Eso no era una metáfora. Era una descripción de una ruta.

De repente, la luz de la habitación se apagó. El ordenador portátil pasó a funcionar con la batería. Afuera, en la calle, el zumbido del transformador había cesado; un apagón repentino en todo el barrio. En la absoluta

oscuridad del piso, la luz deslumbrante de la pantalla resultaba casi fantasmal.

Matteo sintió frío. Se levantó para acercarse a la ventana y mirar hacia la calle oscura.

Abajo, al final del estrecho callejón, un furgón oscuro giraba lentamente la esquina con los faros apagados.

Sombras en la calle

Matteo dio un paso atrás, apartándose de la ventana. Las pulsaciones de su corazón, que apenas se habían calmado un poco tras el viaje, se reactivaron con un violento vuelco. El avance antinatural y lento del furgón allá abajo no encajaba con un apagón fortuito. En las estrechas calles de Albox no se aparcaba de noche sin luces, a menos que no se quisiera ser visto.

Miró de reojo hacia la mesa. La pantalla del ordenador portátil iluminaba el viejo pergamino como una pieza de exposición en un museo. Los caracteres latinos parecían mirarlo fijamente, casi con burla.

„Lo saben“, le pasó por la cabeza, aunque racionalmente resultara un absoluto sinsentido. ¿Quién iba a saber lo que había sacado de la madera de una estatua hacía media hora en el taller de un monasterio apartado? Y, sin

embargo, el miedo le atenazó con dedos gélidos.

El sonido leve y sordo del cierre de una puerta de coche llegó desde la calle. No fue un golpe fuerte, sino el clic controlado y amortiguado propio de profesionales.

Matteo actuó por puro instinto. Cerró el ordenador portátil de golpe, con lo que el piso se sumió instantáneamente en una oscuridad absoluta y boca de lobo. Solo la tenue luz de la luna, que se filtraba a través del cristal de la ventana, proyectaba sombras largas y distorsionadas en la pared. Con dedos vacilantes, agarró las tazas de café, tomó el pergamino de la mesa y lo deslizó de nuevo en el bolsillo interior de su chaqueta. Dejó el ordenador portátil; era demasiado pesado, demasiado voluminoso.

Se deslizó pegado a la pared de regreso a la ventana y arriesgó una mirada estrecha hacia abajo.

Dos figuras se habían desmarcado de la sombra del furgón. Vestían ropa oscura y discreta. Nada de ropajes de monje ni máscaras llamativas, sino la vestimenta práctica de hombres que tenían una misión que cumplir. El más alto de los dos sostía un dispositivo plano y oscuro en la mano, un receptor o localizador móvil cuya pantalla proyectaba una tenue luz azulada sobre su

rostro anguloso. Señaló directamente hacia la entrada del edificio de Matteo.

No estaban registrando la calle. Sabían exactamente a qué portal debían dirigirse. La dirección IP los había guiado hasta aquí como una flecha digital.

Un chasquido metálico en la planta baja sacó a Matteo de su letargo. La cerradura de la puerta de entrada del edificio abajo no fue forzada; fue superada en cuestión de segundos con una ganzúa eléctrica profesional.

A Matteo le brotó el sudor en la frente. Aunque la puerta de su propio piso en la segunda planta estaba cerrada con tres vueltas de llave, la madera no resistiría mucho tiempo ante esos hombres. Y el pasillo era una vía muerta. Una vez que estuvieran en su planta, no habría escapatoria posible.

Miró frenéticamente a su alrededor en la oscuridad. El piso no tenía balcón a la calle, pero por detrás, desde la pequeña cocina, había una ventana estrecha que daba a un patio interior, un patio, como es típico en las casas de Andalucía. Allí quizás hubiera una salida a través de los tejados o del patio interior de los vecinos.

Pasos tenues crujeron sobre las baldosas de la escalera. Ya estaban subiendo. No venían con prisas; avanzaban de forma metódica, escalón

por escalón.

Matteo se dio la vuelta y se deslizó sin hacer ruido hacia la cocina.

El escondite en el tejado

Matteo encajó su cuerpo a través de la estrecha ventana de la cocina. El aire fresco de la noche le golpeó el rostro mientras se izaba con cuidado sobre el pequeño tejadillo del patio. Sus dedos tantearon sobre las tejas ásperas, todavía ligeramente cálidas por el calor del día.

Centímetro a centímetro se deslizó hacia arriba hasta alcanzar la pendiente plana directamente sobre su piso. Se tumbó boca abajo, con el rostro pegado a las tejas, y respiró de forma superficial solo por la nariz. Ni un solo ruido.

A través de la ventana abierta de la cocina, justo debajo de él, las voces de los hombres subían hacia lo alto. La acústica del estrecho patio interior actuaba como un megáfono.

—Quienquiera que haya estado aquí, se ha marchado —dijo uno de los dos. Su voz sonaba frustrada, pero controlada.

—Ya lo veo —respondió el otro. Siguió el sordo retumbar de pasos sobre las baldosas del salón.

Poco después, la luz en el patio cambió. Un tenue resplandor azulado brotó de la ventana y proyectó el patrón de sombras de la cruceta de la ventana en la pared opuesta del patio interior. Uno de los hombres había abierto el ordenador portátil.

—Vaya, qué interesante —silbó el primero suavemente entre los dientes.

—¿Quién ha sido? ¿And por qué busca esto? —preguntó el segundo con insistencia—. ¿De dónde lo ha sacado? ¿Cómo se le ocurre siquiera?

—No lo sé. Pero obviamente hay información que ese alguien posee ahora. ¡Registremoslo todo!

Lo que siguió a continuación fue el sonido de la pura destrucción. El crujido de madera de una silla volcada, el astillarse del cristal, el abrir violento de las puertas de los armarios. Una y otra vez, los haces de luz blanca y brillante de sus linternas cruzaban la ventana de la cocina hacia el cielo nocturno.

Matteo no movió ni un músculo. El sudor le corría por la frente, le escocía en los ojos y goteaba silenciosamente sobre la teja polvorienta debajo de su rostro. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso hasta el límite. Sabía que estaba metido en problemas formidables. Esos no eran simples ladrones. Eran hombres que actuaban por encargo de un poder invisible. Clac.

El repentino y duro tableteo de una teja suelta muy cerca de él hizo que el corazón de Matteo

se detuviera por completo durante un instante. Maldita sea.

Giró la cabeza una fracción de milímetro. Él no se había movido. Sin embargo, bajo la pálida luz de la luna, destellaron dos ojos verdes. Un gato callejero se deslizaba por la cumbrera del tejado, a solo dos metros de él. Si se asustaba y maullaba o movía más tejas, estaba perdido.

Como un loco, pero en absoluto silencio, Matteo agitó una mano en el aire para espantar al animal. Sus movimientos eran apresurados, una danza muda y desesperada contra el destino.

Abajo, en la cocina, se hizo el silencio de golpe.

Sonó el ruido de una hoja de la ventana al ser abierta por completo. Una cabeza se asomó al patio interior.

—¿Qué ha sido eso? He oído algo —dijo la voz áspera del primer hombre desde abajo.

—Sí, yo también lo he oído. Nuestro cliente seguro que todavía está cerca —afirmó el segundo. Matteo pudo escuchar el leve clic de un arma al ser desenfundada y quitado el seguro.

En ese insoportable momento de parálisis, el gato le hizo el favor a Matteo: perdió el interés en él, dio la vuelta y saltó con un brinco audible desde el tejado principal hacia el tejadillo más

bajo de la casa vecina.

—Ah, maldita sea... solo un gato —refunfuñó el hombre de la ventana y volvió a meter la cabeza en la vivienda.

Matteo cerró los ojos por un breve instante y expulsó el aire que había estado reteniendo todo ese tiempo.

En el piso de abajo se siguió buscando apresuradamente durante unos minutos más, luego el ruido cesó abruptamente. Matteo oyó cómo los hombres daban un fuerte portazo a la pesada puerta de la vivienda. El eco resonó por la escalera. Poco después, afuera en la calle, se escuchó el rugido monótono del motor del furgón, seguido del ruido de los neumáticos alejándose rápidamente del callejón.

Luego, la absoluta quietud volvió a reinar sobre los tejados de Albox.

Matteo seguía allí tendido, inmóvil. Su mente trabajaba a marchas forzadas mientras la adrenalina corría por sus venas. ¿Era un truco? ¿Se habrá quedado uno de los hombres escondido abajo en la oscuridad para esperarlo? ¿Era una trampa? ¿Puede atreverse a bajar del tejado?